

## 1

## SERMÓN

del reverendo padre maestro Alfonso Salmerón,  
 teólogo de la Compañía de Jesús,  
 tenido recientemente en el CONCILIO Tridentino,  
 en el que a ejemplo de San Juan Evangelista  
 se describe la verdadera imagen de los Prelados

27 de diciembre de 1546

*Con este título fue publicado en Roma en marzo de 1547 el sermón que Salmerón había predicado a los padres del Concilio de Trento en el día de la festividad de San Juan Evangelista, 27 de diciembre de 1546, tras solo seis meses desde su llegada a Trento. Fue sin duda la parte del sermón: “descripción de la verdadera imagen de los preladados”, lo que causó la admiración de los congregados en el recién iniciado Concilio, que solo llevaba un año de proceso.*

*Se hace un poco difícil aceptar que el sermón pudiera imprimirse sin su conocimiento como afirma el mismo Salmerón en carta al P. Paulo Achiles, y que reproducimos a continuación. Pero la realidad es que unas semanas más tarde, el 16 de abril, le pedía a Ignacio desde Venecia: “V.R. se dignará de enviarme a Bolonia diez o doce oraciones de las estampadas para poder dar a algunos preladados; y yo hasta ahora no he podido haber una” [MHSI, ES 1, 40].*

*Aparte de sus intervenciones en las discusiones del Concilio, en sus tres etapas a las que asistió Salmerón, tuvo varios sermones a los padres congregados. Ya el domingo, día 17 de octubre de 1546, según Massarelli: “D. Alfonso, reformado, predicó en la catedral de Sta. María Mayor” [MHSI, ES 1,32 nota 5]. Pero el de S. Juan es el primero y el único del que nos ha llegado el texto, que por cierto es el primer escrito por un miembro de la Compañía de Jesús llevado a la imprenta, antes que el libro de los Ejercicios que fue impreso el año siguiente 1548. Además de esta edición romana, se hizo otra en París y siguieron otras varias.*

*La repercusión del panegírico de San Juan fue enorme. El 24 de abril ya había llegado a Madrid la noticia de ese sermón. El P. Araoz en carta Ignacio le dice: “De los nuestros que han estado o están en el Concilio, se tiene en esta Corte mucha buena opinión, por la información que ha dado el obispo de Badajoz, y enviado la oración<sup>1</sup> que hizo Mtro. Salmerón al Consejo de la Inquisición, por la mejor que en el Concilio se ha hecho, y están muy contentos de ella, a lo que me han dicho; de manera que orando, ha ganado Mtro. Salmerón el crédito que sudando apenas se gana en España” [MHSI, EM. 1,359].*

<sup>1</sup> Latinismo por discurso, sermón, y luego ‘orando’ por predicando. Araoz no tiene todavía la noticia exacta de los destinatarios del sermón.

*Y todavía once años después de su impresión, se pedían ejemplares del mismo. El 12 de febrero de 1558 Mtro. Jerónimo Suriano deseaba “tener uno de aquellos sermones del R. P. Salmerón que hizo en el Concilio de Trento” [MHSI, LM 3,111]. El 19 de febrero se le envió un ejemplar [MHSI, LM 3,135].*

*Durante la 3ª etapa del Concilio, Salmerón predicó también a los padres de Trento el 25 de julio de 1562, fiesta de Santiago Apóstol; el 9 de mayo de 1563, dominica 5ª después de Pascua y el 21 de noviembre de 1563, día de la Presentación de Nª Señora. Aunque C. Gutiérrez afirma en “Españoles en Trento”, CSIC, Valladolid, 1951, que estos sermones, junto con otros, se publicaron en Brescia, Lovaina y París, no ha sido posible localizar esas ediciones.*

*Polanco añade que Salmerón predicó también en Trento en diciembre de 1562, el día de Santo Tomás [MHSI, ES 1,674]. Y Laínez escribe a Francisco de Borja el 29 de marzo de 1563: “Ayer predicó el P. Maestro Salmerón a los prelados del Concilio que se encontraron presentes en gran número con mucha gente y cinco cardenales que aquí están. Duró la predicación una hora y media, y, además de la mucha doctrina, tocó puntos de mucha sustancia en reprehensión de los defectos de los prelados y especialmente de aquellos que intervienen en el Concilio, y aun cuando algunos se han resentido por haberlos tocado en vivo, aunque en general, el sermón con todo ha sido de grande edificación, por lo que entiendo. Quiera N.S. Jesucristo que el fruto sea tal cual el buen celo con el que fue dicha la verdad”. [MHSI, LM 7,73]. Pero estos sermones no se imprimieron. Como tampoco lo fueron los innumerables por él predicados por las diversas ciudades de Italia y que le valieron el título de “El Salomón de Nápoles”.*

*El sermón fue redactado en un clásico y vigoroso latín. Aquí presentamos la primera traducción castellana completa de este panegírico, con la única variante de una mayor distribución de párrafos y la inserción de títulos para su mejor comprensión.*

Traducción por Miguel Lop Sebastià, SJ

## Exordio

Reverendísimos e ilustrísimos señores y padres magníficos: el oficio de evangelista cristiano es tan preclaro y augusto que a quien quisiere ejercerlo con integridad y corrección, sobre todo en esta vuestra Congregación, máxima y sapientísima, con razón se exigiría, además de santidad de vida, peso de edad y costumbres, ejercicio de hablar y, sobre todo, don no mediocre de celeste Espíritu; solo del cual sea sugerido del cielo en el corazón del predicador tanto lo que hay que decir, como la lengua con la que aquellas cosas con aptas y vivas palabras sean propuestas a la persuasión de los oyentes juntamente con la gracia de la acción y pronunciación.

Pero puesto que examinándome diligentemente a mí mismo me veo casi destituido de todas estas ayudas que constituyen el portavoz evangélico, completamente aterrorizado por la magnitud del oficio y su dificultad, me desalentaría ya en el mismo comienzo de nuestro sermón, si no fuera que pensándolo bien, he cambiado de parecer tanto por tratarse de la esperada humanidad y singular benevolencia de aquellos ante los que debo hablar, como por Dios, óptimo máximo, en cuya única gloria voy a hablar aquí; y finalmente por el Santo y amado discípulo Juan, sobre el cual hoy debo hablar y nos recuerda la gloriosa y fausta solemnidad de hoy y la historia del Evangelio que hemos leído.

Pues ¿qué era Juan antes de ser llamado por Cristo sino de condición de fortuna, innoble; de origen despreciable; de oficio pescador; de inteligencia rudo; de costumbres pecador; de letras ignorante; de edad niño; de lengua galileo? Pero después que fue añadido a la comunidad de Cristo, es admitido familiarmente a su seno y recostado sobre el pecho del Señor, bebió aquel purísimo y celestial espíritu, y cambiado de repente en verdadero hijo del trueno por la mano del excelso, llegó a ser un Evangelista perfectísimo y exento de todos los defectos.

Hoy, pues, debo hablar de las glorias de este hombre tan sublime (si es que podemos llamarle hombre y no ángel) ciertamente no según exige su dignidad y grandeza sino según soporta el ingenio de nuestra pobreza. Para que pueda realizarlo con algún fruto, debo antes implorar el divino Espíritu y suplicar con asiduas plegarias y votos. Para que me sea concedido ese Espíritu, juzgué, según la antigua y aprobada costumbre de la iglesia, que debía acudir a aquella singular virgen que mereció ser su verdadera y auténtica madre; ese espíritu del que todo espíritu fluye como de la cabeza a los miembros de la Iglesia, y de aquella que a este Juan del cual hemos de hablar, a la voz de Cristo moribundo adoptó por hijo con singular privilegio; aquella finalmente que, puesto que es la madre piadosísima de todos los cristianos y nunca ha negado el deseado patrocinio a nadie que con pío corazón le haya rogado, fácilmente impetrará este mismo espíritu que en la actualidad tanto necesitamos, si la invocamos con implorante corazón y saludamos reverentemente con el saludo angélico.

Ave María.

## La honra de Dios en los santos

Aun cuando ninguna mente o pensamiento humano pueda captar a Dios máximo, inmenso y por sí mismo feliz (por lo cual tampoco ni con congruentes honores puede ser venerado como creador, ni amado como padre con debido amor, ni celebrado como bienhechor con alabanzas condignas) con todo no por ello hemos de cesar o de predicar su majestad que está por encima de todas las cosas, o de recomendar su especial beneficencia con la que se manifiesta recomendable a todas las creaturas, pero en sus santos, especialmente a los no ciegos declaró, con la admirable manifestación de su eterna potencia e inescrutable sabiduría. De ahí que frecuentemente somos invitados a honrar y alabar a los santos con clarísimas sentencias de las escrituras, con aprobada costumbre de la santa iglesia, y con los ejemplos de los santos padres, pues alabar a los santos no es otra cosa que celebrar con alabanzas a Dios que por su gratuita bondad y munificencia los hizo santos, o sus singulares y eximios dones que de aquel *“de quien procede todo lo mejor y todo don perfecto”* (St 1,17) recibieron. Puesto pues que Juan evangelista recibió muchísimos y extraordinarios e ingentes beneficios de aquel que le amaba singularmente, juzgué que era cosa nuestra ponerlos a vosotros, padres, ante los ojos y con la insignificancia de nuestra palabra resumir cómo por todos deba ser predicado por tantos dones de Dios y por vosotros, pastores de la iglesia, con especial razón deba ser imitado.

## Juan amado por Dios

En primer lugar, pues, nuestro sermón debe comenzar por el especial amor de Cristo para con Juan, que con recta razón esto es el primero y sumo don, base y fundamento de los demás. Pues ¿qué cosa hay si lo examinas todo con la mente y el espíritu, que pueda decirse o pensarse mayor y más excelente que el amor de Dios? Con lo cual amando siempre Dios, dándose a sí mismo con ingente liberalidad a la creatura racional, y haciéndola partícipe de su amor, la admite a un cierto consorcio y como igualdad, de modo que pueda decir: *“mi amado para mí y yo para él”* (Ct 2,16). ¿Qué cosa hay más fuerte o potente que la caridad, que dimanando de Dios invicto, uniendo al amante con el amado con impensable e inefable vínculo, de creatura que por sí misma era vanidad se hace insuperable e inexpugnable? De manera que exclame las palabras de verdaderísima confianza: *“¿Quién nos separará del amor de Dios?”* (Rm 8,35). Finalmente ¿qué hay más suave o gozoso que el amor de Dios, conmoviendo nuestro frío corazón a amarlo? Que engendra sinceras y en ningún aspecto engañosas razones del alma, cuya suavidad nadie conoce sino quien las recibe.

## Juan amado por Cristo

Así pues, Juan no desconocedor de tan preclaro y tan excelente don, ni ingrato por tan gran beneficio, humildemente enorgulleciéndose en este título del santo amor, se

gloría más de una vez cuando, sólo de sí mismo, no teme atestiguar en el evangelio: “*este es aquel discípulo que amaba Jesús*” (Jn 13,23). Ciertamente, gloria ingente, nombre dignísimo a la vez que dulcísimo, título esplendísimos e ilustrísimos, venerable para los ángeles, temible para los demonios, deseable para los pastores de la iglesia, finalmente que todos los hombres deben alabar y proclamar. Al que amaba, dice, no al que ama, o al que amó; porque, a saber, el amor de Cristo, como principio no lo conoció, puesto que está escrito: “*con amor eterno te amé*” (Jr 31,3), así nunca se encierra con los límites del tiempo, nunca remite con la tibieza de nuestro amor, finalmente por ninguna humana ingratitud se separa. Por lo cual no sin testimonio de este gran amor, le fue dado solo a Juan descansar sobre el pecho de Jesús, para que entendamos que Cristo en el corazón y en las entrañas de su íntimo pecho, como único y amado siempre lo gestó y abrazó.

## Respuesta de Juan

Por lo demás, no sea que alguien pueda pensar que ello fue un amor vano y estéril, ante todo, engendró en el mismo Juan, lo que es propio del amor, la manifestación de Dios. Así lo afirma Cristo por boca del mismo discípulo amado: “*A vosotros dije amigos porque todo lo que oí a mi Padre, os lo di a conocer*” (Jn 15,15). Además, esta manifestación, aun cuando Dios no la niega a ninguno de los creyentes según su capacidad, puesto que la misma fe sea una cierta manifestación y revelación de Dios, deducimos con graves argumentos que en Juan fue especial e insigne. Pues ¿a quien le fue concedido ver con más puros ojos, o entregar a los otros con palabras más dignas, más y mayores, o más admirables misterios de nuestra fe? Debe ser admirado este hijo del trueno que penetrando el profundísimo e inescrutable misterio de la Trinidad desde el exordio del Evangelio truena: “*En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios; este se hallaba al principio junto a Dios*” (Jn,1,1). Este es el que con magníficas y sucintas palabras refirió la potencia del Verbo al fundar el mundo y la sabiduría al conservarlo y moderarlo. “*Todo por él fue hecho y sin él no se ha hecho nada de lo que ha sido hecho*” (Jn 1,3). Este es quien, contemplando con aquilinos ojos el adorable e inefable sacramento de la encarnación y reconociendo que las palabras son impotentes para expresar una cosa tan grande lo resume así en pocas palabras: “*Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*” (Jn 1,14). Este es al que, recostado en el seno del Señor, le fue predicha la muerte y revelado el discípulo traidor; el que huido los demás, mereció permanecer junto a la cruz y ser hecho testigo ocular de todos los más reservados misterios de manera que pueda escribir con tan grande énfasis de palabras: “*Lo que era desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que examinamos y con nuestras manos tocaron de la palabra de vida*” (1Jn 1,1). Este es el que plenamente conoció la gloria del resucitado. Pues corrió más aprisa que Pedro hacia el sepulcro, y más rápidamente entendió la voz del Señor ya resucitado, pues la llevaba más impresa en su corazón y le era más familiar, cuando estando Cristo en la orilla, dijo a Pedro: “*es el Señor*” (Jn 21,7).

## Enseñanzas del Evangelio de Juan

Finalmente este es el que, intentando enseñar la cierta e indubitable deidad del Verbo contra Ebión y Cerinto y demás herejes nacientes de aquel tiempo, se ocupa enteramente en aquel sublime evangelio, comprobando, inculcando, estableciendo, aquel único artículo del cual depende el compendio de toda nuestra fe. Pues mientras enseña que Cristo es igual al Padre en la duración de la eternidad; que no le es inferior en el poder de hacer signos, como cuando convierte el agua en vino; que tenía la misma fuerza para conservar y regenerar el perdido mundo; que conocía los secretos del corazón, como está claro en la Samaritana; que sólo de él testifican las escrituras y Moisés escribió que todo lo que hace el Padre, igualmente él las realiza; que el pan es vivo y celeste y ofrece al mundo la vida eterna; que la doctrina que bebió del Padre es admirable e insuperable; que es insigne por la potestad de perdonar los pecados, cosa propia de solo Dios, en el caso de la adúltera absuelta y liberada; que es especial por la beneficencia de ofrecer la salud; que ninguna de las maquinaciones de los judíos pudo cogerlo a él, el único al que el Padre santificó y envió al mundo; que llamó a la vida muertos putrefectos y de cuatro días; que recibió aclamaciones el solemne día de las palmas sólo a Dios debidas; que predijo a los apóstoles todo lo que iba a sucederles a ellos y a sí mismo; que penetra en las mentes de los que le aman de tal manera que en ellos hace una mansión; que promete el Espíritu Santo que conforta a los discípulos y testifica la gloria de Cristo en los corazones de los creyentes; que corona a sus seguidores con su visión que engendra la felicidad; que con increíble paciencia y longanimidad rompe el ímpetu de los judíos que le provocan la muerte más afrentosa; que se despierta a sí mismo glorioso de entre los muertos; que con su aliento da a los apóstoles el Espíritu para perdonar los pecados; que entrega el cuidado de su iglesia a Pedro; ¿no es verdad que todo ello manifiesta con evidentiísimas e invencibles razones que Cristo es Hijo de Dios y homousion (=de su misma naturaleza)? ¿No es verdad que concluye al final del evangelio doctísima e irrefutablemente: “*Todo esto ha sido escrito para que creáis que Jesús es Hijo de Dios y creyendo tengáis vida en su nombre?*” (Jn 20,30). Paso por alto lo que dice en aquella su admirable revelación sobre las edades de la futura iglesia y sus diversos sucesos, para que entendamos que aquella amada y purísima alma no ignoraba nada de todo lo que hasta el presente ha sido realizado por la naciente iglesia o sucederá después hasta el último día.

Así pues, con gran razón fue digno entre los apóstoles de tener aquel nombre de discípulo amado, al que tantas cosas fueron reveladas y manifestadas; y entre aquellos cuatro santos animales toma el tipo de águila, puesto que antecede por el vuelo del amor a los demás y con lípidísimos y perspicacísimos ojos de la mente es admitido por excelente privilegio a examinar, ver, y exponer a los demás los arcanos de la deidad inaccesibles e ininvestigables a la mente humana.

## El amor de Juan

Puesto que tal es la fuerza nativa y genuina de lo bueno y hermoso, que suele atraer a sí los ánimos de los que la contemplan, como el imán al hierro; puesto que el mismo Cristo que es el sumo y absoluto bien y fuente perenne e inexhausta de toda belleza, de tal manera se insinuó y manifestó a la mente de Juan de forma tan insigne, que inmediatamente atrajo a sí su corazón y emborrachó e hirió con la potencia de su dulcísimo amor. Pues esta es la naturaleza del amor que acostumbra a engendrar amor, y extraerlo aun del que no lo quiere. Buen Jesús, pregunto ¿cuán grande llama de amor había llenado el corazón de Juan? Cuyo nombre lleno de amistad es indicio ciertísimo de amante; cuyos insignes hechos testifican un insigne amor a Cristo; cuyas palabras, que suelen ser índice ciertísimo del corazón en lo no fingido, no transpiran otra cosa que amor; cuya familiar conversación era: “*hijos, amémonos unos a otros*” (1Jn3,23); cuyo evangelio inmediatamente inculca con modos admirables la palabra del amor con gran suavidad y fruto de los lectores; cuya primera carta católica tiene por único objetivo predicar y recomendar el amor; en la cual de manera tan profunda filosofa sobre el amor que él mismo manifieste ser el amor, *Dios es amor* (dice) (1Jn 4,8), “*y el que permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él*” (Jn 15,10); finalmente, cuyas amenazas y reprehensiones nada tan severamente hieren como el odio fraterno; “*Quien no ama* (dice) *permanece en la muerte*” (1Jn 4,8) y *quien odia a su hermano es un homicida*” (1Jn 3,15), deduciendo por cierta razón, como de cierta peste mortal, de ello proveniente, la fuente de todos los crímenes.

Porque si “*de la abundancia del corazón habla la boca*” (Mt 12,34), y el afecto del que habla hay que medirlo de su discurso, dejo a vosotros, padres, el juicio de la grandeza de tanto amor. Pues yo en cuanto puedo conseguir con mi ingenio, creo que ningún pensamiento de la mente, ninguna vehemencia del discurso, ni siquiera su más leve partícula, se puede explicar. Por lo cual nosotros a quienes es concedido más bien venerar esto desde lejos que intuirlo de cerca, dejando de lado la comprensión en sí misma al mismo Cristo y a Juan, intentaremos por los mismos afectos, como por ciertos vestigios y conjeturas, comprender este amor tan insigne y ponerlo a vuestra consideración; aunque al menos antes en pocas palabras os advierto de qué manera se nos enseña a todos cuantos hemos dado nuestro nombre a Cristo en el bautismo, que somos sus discípulos y amados. Discípulos ciertamente, puesto que todos lo recibimos a él dado desde el cielo, como preceptor y maestro y siempre por la fe lo tenemos como instructor. Pero amados, puesto que nos ha adornado con singulares gracias, eximido de la esclavitud del pecado, emancipado de la tiranía del diablo, rescatado de tan imperiosos y vergonzosos señores, a los que servíamos en Egipto, adoptado finalmente en el consorcio de su nombre y heredad.

## Necesidad de buenos pastores

Pero aun siendo así todo ello, incumbe sobre todo a los padres de las iglesias de quienes es propio de tal manera ser discípulos de Cristo, que recuerden que ellos son maestros de otros; a los cuales por consiguiente es concedido conocer muchos misterios del reino de Dios, de manera que entendiendo ser amados por Cristo, y llamados a la dignidad de pastores por amor, apacienten con amor la grey de Cristo; profesen amor sincero hacia las ovejas; enseñen desde la cátedra el amor que es la plenitud de la ley; exijan amor ante todo de las ovejas; conservando el amor hacia las personas, rechacen los vicios; levanten la bandera del amor en todas sus aficiones; finalmente privados de la vida más que del amor, lo juzguen cosa gloriosa, recordando la divina sentencia: “*El buen pastor da su vida por sus ovejas*” (Jn 10,11).

A vosotros, pues, padres, que os habéis reunido en este legítimo y ecuménico sínodo para componer y arreglar las gravísimas discordias de la religión, es ante todo necesaria la caridad, de manera que, dejadas de lado las comodidades privadas, ilustréis y propaguéis, buscando con cándido y puro ánimo, la gloria de solo Cristo, pontífice máximo e invictísimo emperador nuestro, oscurecida con insanos dogmas, y corruptas y perdidas costumbres nuestras, casi diría sepultada y hasta mal sonante por culpa nuestra ante los infieles; y restituyáis a su esposa desfalleciente y manchada la primera salud y la primitiva apariencia y belleza. Vuelva, pues, a la iglesia de Cristo por vuestro medio, como un regreso a la vida, aquella santísima e invictísima caridad de Cristo, la única en la que subsiste la pureza de los dogmas de la fe, la limpieza de las costumbres y la salud y renovación de toda la iglesia.

## Juan siguió a Cristo

Pero vuelvo a Juan cuyo eximio amor a Cristo podemos conjeturar por su familiar seguimiento. Pues lo que amamos violentamente, perseguimos no con lentos pasos sino con cierta velocísima carrera y casi vuelo; de donde la esposa herida por el amor del amado, según Salomón, es introducida con gran afecto, y buscando a su esposo con ansiosos deseos, y preguntando a todos; de la misma manera Juan, movido por la manifestación y amor, se prestó tan pronto y expedito a su seguimiento que a su simple palabra: “*Sígueme*”, dejadas las redes y la nave con el padre, sin ninguna pausa ni duda le siguió (Mt 4,20.22). Que este seguimiento lo conservó tan firme y personalmente que nunca se apartó de su lado o vivo o muerto o resucitado, lo prueban manifiestamente su especial ascensión para que viera cosas secretas, su presencia en el horrendo suplicio de la cruz, y el hecho de seguir a Cristo resucitado, del que hoy habla el evangelio.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Este párrafo será motivo de discusión por algún objetor en París y dará pie a la exposición que hace Salmerón en la carta que reproducimos al final del sermón.



## Cualidad del seguimiento

Es una prueba indudable que se trataba realmente de cierto más noble y digno seguimiento el exhibido con ánimo y espíritu, y por el que probó que era verdadero discípulo de Cristo. Pues Juan siguió a Cristo en la perspicacia de la inteligencia, en la vehemencia del amor, en la pureza de la mente, en la integridad del cuerpo, en el ministerio de la continua predicación, en la frecuencia de los signos, en la entrega a seguir a Dios en la tierna edad y en todo, en el gozoso soporte de las injurias, en el aguante con ánimo constante de la muerte tantas veces intentada.

## El seguimiento de los pastores

Siendo, pues, necesario este seguimiento a todos los que confiesan a Cristo, con todo deben los obispos ofrecerlo estricto y desde cerca para que mientras las ovejas siguen a su pastor sigan al mismo Cristo, príncipe de todos los pastores. A este seguimiento hoy exhorta Cristo a todos los pastores en Pedro, cuando puesto ya al frente de todas las ovejas le dice: “*Sígueme*” (Jn 21,19), y de nuevo: “*tú sígueme*” (Jn 21,22). Pero, ¡ay dolor! ¡cuán grande y cuán deplorable mal es cuando el pastor o bien tiene como jefe a Satanás, príncipe de las tinieblas, o bien con Pedro sigue al Señor desde lejos!

¿Qué es, pregunto, padres sapientísimos, seguir a Cristo desde lejos, sino temer más el poder de los príncipes que aquel que es el único que puede enviar el alma al infierno; sino sustrayendo la presencia a su iglesia envejecer en los salones de los príncipes; ver venir el lobo y huir con ánimo despreciable; no ponerse como muro en favor de la casa de Israel cuando, llevado por la pusilanimidad, enfurece la plaga; enterrar el talento concedido; retardándose la vuelta del señor, pegar a los conservos y siervas; obligar a los inferiores con su ejemplo a comer, beber y emborracharse para que estén lejos del reino de Dios; ignorar las escrituras inspiradas; avergonzarse del oficio de evangelizador como despreciable; finalmente, mirar por los lucros mercenarios, volverse a las delicias, entumecerse en las alabanzas, conturbarse con las vacías y leves injurias; a la voz de una criada desconocer y negar a Cristo. Ocupaos, padres, en seguir a Cristo lo más de cerca posible y en mantener sus huellas, que muestran el camino ciertísimo para adquirir la salvación. Por ninguna razón declinando o retrocediendo del seguimiento del Señor por culpa de algunas depravadas costumbres de vida introducidas y conservadas por Satanás.

Pero, puesto que los admitidos al seguimiento de Cristo pecamos contra él de muchas maneras por debilidad de la naturaleza, suele a veces aquel celeste y benignísimo maestro corregir a los suyos con aquel sincero amor, que no sabe agrandar o cerrar los ojos a nuestras maldades. Pues examina a todo hijo que acoge; y a los que ama, acusa y castiga. De manera que al amado Juan muchas veces se le permitió resbalar y padecer cosas humanas, para que reconociendo lo que era de sí mismo entendiera cuanto debía a la gracia de Dios.

## Deslices de Juan

Pues en primer lugar es tocado por el morbo de la ambición, y anhelando los primeros puestos con su hermano en el reino de Cristo, es reprendido con severa reprimenda: “No sabéis (dice) lo que pedís” (Mt 20,22). Después se abrasa con los estímulos de la envidia y obrando contra uno que lanzaba demonios, con celo humano y no siguiendo a Cristo, como si actuase a favor del señor, oye: “No se lo prohibáis, pues quien no está contra vosotros está a favor vuestro” (Lc 9,49-50). En tercer lugar se enreda con el amargo deseo de la venganza cuando, porque ciertos samaritanos no querían recibir a Cristo, dijo indignado: “¿Quieres que digamos que baje fuego del cielo y los abrase, como hizo Elías?” (Lc 9,54) Pero el Señor volviéndose, para reprimir aquel afecto verdaderamente carnal, con la expresión más que con las palabras, increpándolo junto con su hermano, dijo: “No sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no ha venido a perder las almas sino a salvarlas” (Jn 3,17). Finalmente cuando con Pedro y su hermano Santiago duerme, en el momento en que se debía vigilar y entregarse a la oración, es denunciado de somnoliento: “¿No pudisteis vigilar una hora conmigo?” (Mt 26,40).

## Pecados de los pastores

Pero, padres, hay que pensar que no solo por él sino también por nosotros han sido escritas estas cosas. Pues mientras peregrinamos por este mundo, somos atacados por los golpes de la carne, del mundo y de Satanás; y muchas veces sucumbimos, nos entregamos, y todos caemos en muchas cosas. Por lo cual ¿qué mayor testimonio de amor puede mostrar el clementísimo padre, que sin dejar de advertirnos continuamente, corrigiéndonos con paternal afecto, nos diga: “mejores son las heridas del amante que los fraudulentos besos del que odia?” (Pr 27,6).

## La ambición

Puesto que aquel tentador nunca duerme, nunca cesa, sino que “como león rugiente siempre anda buscando y persiguiendo a quien devorar” (1P 5,8), reúne sobre todo cuatro flechas contra aquellos que ocupan el lugar y dignidad de Juan. Pues inspira el insaciable apetito de dominar mientras con suave e ímproba sugestión, hace anhelar más altas sedes, sacerdocios más pingües, cumbres más sublimes de iglesias. Pero esto ¿qué otra cosa es que con la astucia de aquella sorprendente serpiente, ambicionar con Juan las primeras sedes en el reino de Cristo que es la Iglesia? Pero ese afecto, que a muchos, oh dolor, seduce y precipita, con gran ánimo debe ser por nosotros repelido y refrenado con el recuerdo de la palabra de Cristo. Pues no sabemos lo que pedimos. No sabemos qué ardua y peligrosa misión es ejercer el oficio apostólico con dignidad. No sabemos los pensamientos de Satanás con cuya ayuda muchísimos son alzados al pináculo del templo para que sean precipitados con mayor ignominia y peor caída.

## La envidia

De esta fuente de la ambición procede otro mal vecino y mortal. A saber el celo maligno y envidia hacia los compañeros y la lucha con aquellos que gozan de igual o parecido honor de la cual brotan odios, detracciones, murmuraciones, desprecio de los hermanos, mutua afición de contradecir, controversias sobre la jurisdicción de una más amplia potestad, vacíos y casi pueriles esfuerzos por igualar o superar el hermano en la ciencia, elocuencia y potestad. Pero esta peste perniciosísima debe estar muy lejos del pastor cristiano que oye a Cristo diciendo: *“Quien quiera ser el mayor entre vosotros, sea vuestro ministro; y quien quiera ser el primero, sea vuestro siervo; como el hijo del hombre que no vino a ser servido sino a servir y dar su vida en redención de muchos”* (Mt 20,27-28). Así pues, es palabra de buen e invisible pastor decir con Moisés: *“¿Ojalá todo el pueblo profetice y el Señor les dé su Espíritu?”* (Nm 11,29). Y con Pablo: *“¿Qué importa con tal que, con ocasión de, o de verdad Cristo sea anunciado? En esto me alegro y me alegraré”* (Flp 1,18).

## El autoritarismo

Pecan también los pastores que hacen descender fuego del cielo, cuando la potestad recibida del cordero mansísimo y para consolación y edificación de las almas, la convierten en tiranía; los que quieren más ser temidos como príncipes que ser amados como padres; por la que apetecen dominar más que servir; por la que, finalmente, pretenden ser trasquiladores de las ovejas, por no decir desolladores, más que pastores. De donde aquellas quejas del pueblo, ojalá no tan verdaderas como dignas de conmiseración, de que se es oprimido con cargas, es expoliado de recursos, es afligido en los corazones, y es castigado con la falta de la palabra de Dios. Con austeridad se le manda y con potencia, y ante cualquier pretendido color se levanta la espada de la potestad y se llega a la vara con gozo; la cual con todo Pablo, no sin gran dolor del alma y con muchas lágrimas, enseña debe ser recibida a su ejemplo. Pues cuando a disgusto se ve obligado a castigar a los corintios, escribe así: *“Temo que cuando de nuevo venga, Dios me humille por vosotros, y llore por muchos de aquellos que no hicieron penitencia, por la inmundicia, fornicación e impudicia con la que se comportaron”* (2Co 12,21).

## La negligencia

Por último son reprendidos en Juan los pastores durmientes que no vigilan las guardias de la grey, que son indulgentes consigo, y con gran diligencia procuran el cultivo del cuerpo, la saciedad del vientre, el crecimiento de los ingresos, el esplendor del ajuar, los favores de los príncipes, como oprimidos por cierto pesadísimo sueño, no ven que en el campo encargado por el Señor para cultivar, el hombre enemigo siembra encima la cizaña; no advierten que los corderos, por el ojo maligno son hechizados; que las

ovejas, por el lobo son dispersadas, robadas, matadas, devoradas; que los carneros no solo chocan por los costados y espaldas en muerte mutua, sino lo que es más de admirar, con la rebelión de los cuernos tratan de alcanzar a los mismos pastores. Así pues, debéis, padres, vigilar y entregaros a la oración, y benignamente recibir con Juan la voz divina que hoy exhorta, no sea que con la ambición luchéis contra Dios, con la envidia compitáis con los iguales, ejerzáis la tiranía con los súbditos, con la somnolencia seáis indulgentes con vosotros mismos; y estos cuatro muy verdaderos y dañinos enemigos de la iglesia con vuestra autoridad y vuestros concilios poned en fuga, despedid, exterminad de en medio del templo de Dios, en donde reinan con mayor torpeza y poder y con mayor muerte de muchos.

## Virtudes necesarias en los pastores

Pero como no es suficiente para ejercer el ministerio Apostólico que el obispo sea irreprochable, si no que esté también adornado de toda clase de virtudes, ponderad ya de qué manera Juan fue examinado en las cosas grandes en las que muchísimos suelen engreírse y arruinarse. Pues es aprobado convenientemente, cuando solo él se reclina en el pecho del señor, cuando es el tercero en ser introducido a la resurrección de la niña, y en el monte de Cristo transformado ve la espléndida y muy resplandeciente faz; cuando con los otros dos es admitido en el huerto y es el único que asiste a Cristo moribundo. Estas cosas son por cierto grandes e ingentes en sí mismas, pero mucho más superiores que los misterios. Pues ¿qué otra cosa no significa este inclinarse en el pecho del señor que, no teniendo el verdadero prelado donde reclinar la cabeza, solo pueda descansar en el pecho de Jesús y en las escrituras que expresan su purísimo y serenísimo pecho, como en un segurísimo nido y tranquilísimo puerto? Solo del cual pueda beber la limpieza del corazón, el fomento del amor, el celo de las almas, la sed de la gloria divina, la doctrina con que alimentar, el alcance de cosas arcanas, el desprecio del mundo y la fortaleza de padecer con constancia.

## La misericordia

Ahora bien puesto que los pastores en las escrituras tienen aquel importantísimo nombre de ángeles, a los que compete, según la profundísima teología de Dionisio, limpiar los inferiores, iluminar y perfeccionar; el sacerdote que es el ángel del señor de los ejércitos, entienda ser llamado a esto, a limpiar de las porquerías de los crímenes, y de las transgresiones de la ley a la plebe a él confiada. Y esto es asistir con Juan a la resurrección de la niña. Pues aun cuando solo Cristo sea quien llame a la vida a los muertos en los pecados, quiere con todo, para recomendar su sabiduría y benignidad, servirse de un prelado que coopere con él por el ministerio del sacramento en cosa por lo demás profundísima; como figura de esto, una vez resucitado Lázaro, dijo a los ministros presentes: “*Desatadlo y dejadlo ir*” (Jn 11,44). Debe también entender que él es

puesto en aquel lugar a enseñar de modo que abra y haga patentes todos los misterios de la fe, de manera que iluminando de este modo a los suyos con la palabra y las escrituras, manifieste haber visto en el monte la gloria de Cristo, y haber oído aquella magnífica voz bajada de la nube instructora de la excelencia y misterios de Cristo.

## Soportar las persecuciones

Finalmente a él toca proponer un alimento más sólido a los suyos ya limpios e instruidos, y exhortarlos a la cumbre de la perfección que consiste sobre todo en la paciencia que contiene toda perfección. Por lo que es cosa de perfectos aquella voz: *“no solo sino que nos gloriamos en las tribulaciones”* (2Co 7,4). Así pues es propio de Juan y de los varones de su orden, aguantar en las persecuciones, y mover con su ejemplo a los inferiores a la tolerancia de la pasión e imitación de la cruz de Cristo.

## El premio. Cristo confía su madre a Juan

Pero después que el Señor probó a los suyos y los encontró fieles, acostumbró constituirlos sobre cosas mucho mayores. De aquí viene que, próximo a la muerte desde la cruz confió al fidelísimo Juan un preciosísimo e ingente tesoro, es decir su madre. Cuya llegada, los padres anhelaron con tan ardientes deseos, con cuya presencia exulta el cielo, cuyo nombre aterroriza el infierno, con cuyo patrocinio se sostiene la iglesia, con cuya memoria se recrean los justos y se animan los pecadores. Le encomienda, digo, su madre para que en lugar de José, ya difunto como se cree, lo supliese con la custodia, favor y consuelo, y él se mostrase en su lugar como hijo amante, obediente, reverente y ayudándola oportunamente. El, reconociendo tan singular beneficio, desde aquel momento, según el mandato de Cristo, la recibió como suya. A vosotros también, padres, desde la cruz os es encomendada la Iglesia que Cristo con su sangre, con su sangre, digo, el Señor adquirió. Y a no ser que vosotros os manifestéis sordos a la voz y mandato de Cristo, debe cada uno de vosotros recibirla como suya y no comportarse de otra manera de como se comportaría cualquier amantísimo hijo con la queridísima madre.

## La Iglesia hoy atacada

Porque si siempre fue necesario consagrar a la iglesia los afectos y obras de hijos, ahora ciertamente parece que la condición de nuestro tiempo lo pide con vehemencia. Pues ¿cuándo fue la iglesia de Cristo atacada con mayores e inveterados odios? O ¿cuándo soportó mayor número de enemigos conjurados y entregados en su destrucción? Pues muchos de aquellos que parecen estar en su favor, y proclaman su amor, la aman no sincera o puramente sino por emolumentos temporales, por los honores, por las comodidades de la carne. ¿Cuándo se ha luchado contra ella con mayor o más obstinada

rebelión, que en nuestros infelicitísimos tiempos? si es que, lo ignoro, alguna vez fueron más infelices. Pues las leyes divinas son invertidas a cara descubierta, los derechos humanos abrogados por ciertos sabihondos con audaz desvergüenza. Las sedes de Pedro son llamadas el reino del anticristo, la sacrosanta autoridad de los Concilios es vilipendiada, la doctrina de los santos padres es conculcada, de modo que puedes juzgar que se han conjurado con aquella voz de los inicuos: “*Rompamos sus cadenas, y arrojemos de nosotros su yugo*” (Sal 2,3). ¿Cuándo se ha desacreditado más el honor de la Iglesia? Pues es irreverentemente despreciada por muchos hijos, es golpeada con gravísimas injurias de palabra, contra ella se escribe con dentadas y satíricas plumas; finalmente con perversos y mortales hechos desde todas partes se corre a su aniquilación. ¿Cuándo finalmente fue más por sus hijos no solo no ayudada con debidos subsidios sino aun expoliada de sus bienes, que en esta nuestra deplorable tempestad?

## Origen de los ataques a la Iglesia

Tan grandes escándalos y sacrilegios contra ella cometidos, provenientes del Norte, de donde se expande todo mal, se cuentan que no puedo recordároslos si no es con gran dolor y horror del alma. A saber los bienes de las iglesias robados, los templos derruidos, los monasterios no solo destituidos de sus bienes y habitantes sino también destruidos hasta los cimientos, los sacerdotes de Cristo silbados, las vírgenes a Dios dedicadas, bajo especie de matrimonio, violadas, las imágenes venerandas de los santos rechazadas, las venerables cenizas de los mártires despreciadas, el sacrosanto sacramento de la Eucaristía, mantenido por tan gran consenso de los siglos, con un atrevimiento más que satánico, arrojado y pisoteado. Y tan lejos se ha propagado este incendio que apenas ha quedado intacto e inmune un rincón de la Iglesia. ¿Donde está hoy, entre los que se dicen católicos, aquel auténtico amor de los pueblos por sus pastores a los que aborrecen y atacan no de otra manera que a los lobos y tiranos? ¿Dónde la obediencia de los inferiores que continuamente objetan a los mayores: “*Médico cúrate a ti mismo*” (Lc 4,23); “*Quien de vosotros esté sin pecado sea el primero en tirarnos la piedra*” (Jn 8,7); “*Amigo, quítate primero la viga de tu ojo, y después mirarás de quitar la paja de nuestro ojo?*” (Lc 6,41-42) ¿Dónde el respeto al sacerdocio? Pues hasta tal punto hemos degenerado que hemos sido objeto de irrisión para todo el pueblo, su cantilena todo el día. ¿Dónde aquella pronta y propensa voluntad de las gentes que se espoliaban a sí mismas para fundar iglesias, adornarlas, ampliarlas? Pereció ciertamente, pereció.

## Responsabilidad de los pastores

Por lo cual, a saber, es imposible que lo que por vuestros mayores fue logrado con sudores, vigiliias, ayunos y lágrimas, ahora con delicias, sueños, borracheras, lujo y pompa se conserven. Me duele, padres, dibujaros tal rostro de la Iglesia, pero me obliga el justo celo y respeto que os debo, deseando hablar de tal manera que, a no ser que acep-

téis que se ha acabado con la iglesia, recibáis a la misma iglesia como madre, como Juan recibió como suya la madre del Señor. La recibió como suya, no como madrastra o enemiga como hacen los herejes y cismáticos que planean su muerte a cara descubierta o con secretos conventículos; no como sierva o esclava como hacen aquellos que la oprimen miserablemente con el duro yugo, con el imperio de amenazas, con el terror tiránico; no como concubina, como los que la unen con abrazo fornicario, cuales son los que buscando solo lo suyo, venden las dignidades eclesiásticas; los cuales ignorando qué sea ser pastor, creen que el oficio apostólico consiste en aquellas cosas externas en las que los malvados abundan, en las que los ladrones son ricos, los tiranos temibles. Así pues, debe ser recibida como madre venerable, como legítima esposa, a la que por Cristo y con gozo se debe manifestar el sincero amor que engendra el debido honor y las oportunas ayudas.

## Juan, ejemplo para los pastores

Por lo cual aquí pongo fin a mis palabras sin antes haber pedido y suplicado a vosotros, como padres míos respetabilísimos, que en el mismo Juan que os hemos propuesto como perfectísimo ejemplo y como un águila que invita a volar, fijéis vuestros ojos pidiéndole los ejemplos de virtudes, en las que los obispos deben ser eminentes. Pues si estuvo presente cerca de aquella niña que iba a ser resucitada, si subió al monte, si fue recibido en el huerto para vigilar y orar, de la misma manera recordad vosotros vuestra vocación de modo que seáis buen olor de Cristo en todo lugar y en cuanto de vosotros dependa, olor de vida para vida, no de muerte para muerte. Subid al monte excelso vosotros que evangelizáis Sión, levantad con fortaleza vuestra voz, procurad que los que no comprenden comprendan y los que comprenden no desistan, y los que desisten se rehagan. Vigilad, mirando por vosotros y vuestra grey, como que habéis de dar cuenta severísima de él, ante el incorruptible e inexorable juez, y que requiere de la mano del verdugo la sangre de las ovejas perdidas. Orad, para que permaneciendo vosotros vigilantes, Cristo añada fuerzas de manera que podáis con su ayuda, venciendo todo en contra, que es cosa gloriosísima y verdaderamente Apostólica, podáis gloriaros en las tribulaciones soportadas a favor de la Iglesia. Si finalmente se entrega la madre desde la cruz al cuidado de Juan, pensad que de la misma manera le es encomendada la Iglesia por el Espíritu Santo al sacrosanto Sínodo, para que ella ahora afligida y viendo a Cristo con dolor y llanto de nuevo crucificado en los suyos, la recibáis como madre vuestra; como yacente levantéis en los brazos de vuestra autoridad; como tambaleante la robustezcáis con la sincera doctrina de la fe y la doctrina de los dogmas como firmísimas columnas; de forma que a la necesitada de ayuda remediéis con el subsidio de los santos cánones con los que lo derruido se repare, lo torcido se enderece, y lo deformado se reforme; finalmente manifestándole vuestra continua presencia y ayuda, podáis consolar y confortar a la que hasta ahora ha estado destituida de sus pastores.

He dicho.

## 2

## Carta del P. Salmerón al P. Pablo A. Achiles, aclaratoria de un punto del sermón

[MHSI, ES 1,41–47]

*El P. Pablo Antonio Aquiles comunicó a Salmerón la pública aceptación que el sermón sobre San Juan había causado en París junto con alguna crítica manifestada sobre uno de los puntos tratados en él. Esta es la respuesta de Salmerón desde Bolonia a comienzos de setiembre de 1547, seis meses después de su impresión en Roma.*

La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con nosotros. Amén.

Me han sido entregadas tus muy gratas y amables letras por las que mientras manifestas conservar un recuerdo continuo de mí, te ha parecido advertirme, por no decir obligarme, a imitarte a ti mismo en tan precioso y honesto oficio. Por lo que escribes que nuestro sermón, tenido ante el Concilio de Trento, ha sido aprobado por algunos amigos tuyos, lo acepto en Cristo óptimo y máximo (de quien es singular beneficio todo lo que bien o pensamos o decimos o obramos). Pero me duele que, según refieres, cierto varón insigne en piedad y doctrina se haya sentido algo ofendido en lo que nuestro sermón dice sobre la disposición de Juan en el seguimiento de Cristo, y me dolería ciertamente de corazón si por causa de este o cualquier otro dicho mío supiese que el ánimo de aquel o de cualquier otro seriamente, aunque sin razón, se sintiera ofendido. Ahora bien, debo interpretar su censura de modo que más bien haya querido advertirme, lo que cualquier otro severísimo censor hubiera podido notar, más que obrar como auténtico censor, o bien (lo que me parece más verosímil) que desea recibir alguna declaración de mi parecer a este dicho mío; creí, pues, ser preciso, como es natural, satisfacerle a él y en pocas palabras la amigable y oficiosa admonición.

### Juan nunca se apartó de Cristo

Dice así, pues, de esta manera en mi sermón aquel lugar que molesta: “Que este seguimiento lo conservó tan firme y personalmente que nunca se apartó de su lado o vivo o muerto o resucitado lo prueban manifiestamente su especial ascensión para que viera cosas secretas, su presencia en el horrendo suplicio de la cruz, y el hecho de seguir a Cristo resucitado, del que hoy habla el evangelio”. Contra estas palabras, como dices, objeta cierto venerable y docto varón. Pues o se trata del seguimiento corporal, contra lo cual está la palabra del evangelista: “*Pero ellos, abandonándole, huyeron todos*” (Mc 14,50); o del seguimiento de espíritu, contra el que parece que el Señor anunció: “*Todos vosotros padeceréis escándalo esta noche por mi causa*” (Mt 26,31). De ninguno de los dos



seguimientos se deduce sea verdad que nunca Juan se haya apartado del lado del Señor. Al cual argumento ocurre una fácil respuesta, que aquel dicho hay que entenderlo claramente del seguimiento corporal, porque añado inmediatamente: “Que se trataba realmente de cierto más noble y digno seguimiento el exhibido con ánimo y espíritu es una prueba indudable”. Contra el cual seguimiento no se refieren las palabras del evangelista: “*Y ellos abandonándole huyeron todos*” (Mc 14,50).

## Significado de “todos”

En primer lugar porque aquella palabra “*todos*” no abarca a Juan evangelista, del que después de las palabras aducidas sobre la fuga de los apóstoles se escribe según Marcos: “*Cierto adolescente le seguía desnudo cubierto con una sábana*” (Mc 14,51-52). Que aquel adolescente fue Juan lo testifican algunos de los probados doctores de la Iglesia, entre los cuales San Gregorio, en el libro 14 de las Morales. Habiendo, pues narrado el evangelista la fuga de los apóstoles, inmediatamente exceptuó al apóstol Juan, al cual tal vez no sin misterio le dio el título de adolescente y no de discípulo. Ni tampoco además niega el seguimiento individual lo que de este adolescente narra el evangelista: “*Y prendieron al adolescentulillo (pues así dice el texto griego); pero él, abandonando la sábana huyó de ellos desnudo*” (Mc 14,51). Pues no se dice en absoluto que huyó, o que huyó abandonando a Cristo, como se dice de los apóstoles, sino que “*huyó de ellos*” en cuanto que desviando el violento impedimento del seguimiento, poco después por el mismo camino o tal vez corriendo más aprisa por otro, entró en la casa de Anás, el pontífice, con otra vestidura, puesto que se escribe que allí estuvo presente, e introdujo a Pedro no mucho después del ingreso de Cristo, como se deduce de la serie de hechos ocurridos y del celo de Pedro se colige. Si pues, con estos doctores yo afirmara que el susodicho adolescente fue Juan, no habría dicho ciertamente nada digno de reprensión o censura.

## El seguimiento “continuo”

En segundo lugar respondo que aun admitiendo que aquel adolescente no fue Juan, sino que él con los demás apóstoles, abandonando al Señor, huyó, no se quita con todo el seguimiento individual, por lo que se refiere al brevísimo espacio de tiempo, movido más bien por un cierto temor humano más que por deliberado ánimo de abandonar al Señor; pues inmediatamente después de la aprehensión del Señor añade el mismo Juan, en el capítulo 18: “*seguía a Jesús Simón Pedro y otro discípulo conocido del Pontífice*” (Jn 18,15). Y puesto que, según los sabios, lo poco es juzgado como nada, esta breve fuga no hay que tenerla como interrupción del seguimiento, sobre todo puesto que en aquel momento del discurso yo actuaba más como orador, de quien es propio traer todo lo que puede en recomendación del que se ha propuesto alabar, que como dialéctico; y si hay algunas cosas que hagan menos probables la causa, o bien disimularlas, o empujarlas o, sin mentir, convertirlas en alabanza. Y en ese momento mientras exagera,

mientras ensalza, mientras amplifica, el orador no miente pues esta forma figurada de elocución, es decir la amplificación, es entre los entendidos una figura usada y frecuente de oratoria. Por lo cual sería injusto exigir precisas y canónicas fórmulas de lógica, si lo que se dice en la forma oratoria de hablar, con objeto sobre todo de exagerar o se usan frecuentísimamente en la forma familiar de conversación

¿Qué cosa hay más usada que ese modo de hablar por el que nosotros decimos de un estudio o negocio que es continuo, aun cuando se haya interrumpido por un breve momento? De un hombre estudioso decimos: 'Nunca se aparta de los libros'. De un glotón y borracho: 'Nunca se levanta de la mesa'. Y si alguien al reclamar que eso se concede ciertamente en los discursos profanos y en los coloquios comunes, pero en las lecciones sacras y en los sermones serios no ser lícito, responderán por mí los sagrados y antiguos doctores eclesiásticos como Crisóstomo, Agustín, y otros en los que no es infrecuente la amplificación; responderá por mí Pablo diciendo: "*orad sin intermisión*" (1Ts 5,17), y en otro lugar: "*sin intermisión hago recuerdo de vosotros siempre en mis oraciones*" (Rm 1,9). Y Lucas: "*conviene siempre orar y no desfallecer*" (Lc 18,1).

## Ejemplo de David

Es más, para ilustrar mejor con un ejemplo parecido, se cuenta así de David, (cfr. 1R 3,6; 9,4) que hizo lo recto ante los ojos del Señor y no se apartó de todo lo que le mandó en todos los días de su vida, a excepción del asunto de Urías el hitita. Estas cosas fueron pronunciadas allí en alabanza de David, y con todo consta por la Escritura con toda claridad que David en algunas otras cosas pecó, que precisamente en ese lugar se pasan por alto puesto que las otras, en comparación del pecado contra Urías eran leves, y no debían ser tenidas en cuenta cuando se quería recomendar y alabar a David. Si pues, el cuidado y recuerdo de la módica interrupción en el seguimiento del Señor no es esencial a la verdad, parece claramente que no fue necesario tenerla en cuenta en el resto de toda una íntegra vida de Juan de la que propiamente trata el sermón, de modo que en su comparación apenas ocupa un pequeño espacio de tiempo.

## Juan siguió a Cristo siempre y en todo lugar

En tercer lugar respondo, si se ponderan mis palabras algo más sutilmente, no contienen nada digno de reprensión. Pues no afirmo simplemente que Juan nunca se apartó del lado de Cristo sino que nunca se apartó de él ni vivo ni muerto ni resucitado, es decir puesto que se distingue un triple tiempo de seguimiento, a saber, de la vida, muerte y resurrección de Cristo, siempre se lee que Juan se adhirió al lado de Cristo, aun cuando no en todo el tiempo de la vida de Cristo, ni en todo el tiempo de la muerte, ni en todo el tiempo de la resurrección. Y que este es el verdadero y auténtico sentido de mis palabras lo prueba lo que inmediatamente añadido, a saber: "y su especial ascunción para que viera cosas secretas lo prueban manifiestamente tanto su presencia en el horrendo

suplicio de la cruz, como el hecho de seguir a Cristo resucitado, del que hoy habla el evangelio”. Con estas palabras ¿qué otra cosa afirmo, pregunto, que Juan hasta tal punto nunca se apartó del lado de Cristo en cuanto las escrituras testifican estas cosas de Juan y no de otro cualquier apóstol? Pues de qué otro de los apóstoles se lee que estuvo presente al espectáculo de la cruz, o que haya seguido a Cristo resucitado? A esto añadiría otras muchas cosas si no me pareciese cosa de menor importancia de lo que es preciso. Es más creo sería suficiente si en mi favor adujese aquella única palabra, que este sermón mío no fue pronunciado en el Concilio sin haber sido objeto de censura por parte de uno de los Reverendísimos e Ilustrísimos legados presidentes del Concilio, y de tres obispos, que en doctrina de las sagradas letras y facultad de hablar en el santo Concilio siempre han sido tenidos como principales y eminentes, los cuales con todo juzgaron que en esta parte nada había que corregir; por no hablar de lo que el mismo hecho revela, que el documento salió a la luz previo juicio del maestro del Sacro Palacio, varón doctísimo<sup>3</sup>, y por escrito protegido, sin yo conocerlo ni saberlo<sup>4</sup>.

## Agradece la observación recibida

Y basta de todo esto. Tal vez es demasiado: procurarás comunicar todo esto con aquel doctísimo varón. Pues mientras se desarrolla el coloquio con honrosas palabras quisiera que lo saludes y des las gracias por el oficio de caridad y que reciba por mi parte cualquier disculpa y satisfacción, a cuya franca y modesta censura propongo sea examinado todo lo que con gusto y con prudencia escribí.

Lo que dices en último lugar que algunos amigos tuyos desean ardientemente que este sermón salga a la luz, no puedo (a decir verdad) aprobarlo, tanto porque no juzgo que el asunto sea tal o de tanta importancia que merezca la apreciación y lectura de todos, aun cuando sin mi parecer, como dije, algunos lo publicaron aquí en Roma, como principalmente porque es cosa ajena al género de vida que profesamos, dedicarnos a publicar libros, lo cual es propio de excelentes varones. Pues nosotros somos más bien llamados a llevar aquella clase de vida que consiste sobre todo en la sencillez, modestia y esfuerzo en ayudar al prójimo; a los cuales, aun cuando no repugna la edición de libros, como dice Agustín, un poco les puede impedir, y a veces apartar de los mejores oficios de caridad. Así pues, tú, hermano mío queridísimo, no te agobies apartándote de este parecer; y si juzgares ser preciso, a los que esto deseaban no dejarás de persuadir.

Saludarás en mi nombre a todos los hermanos que se encuentran en el colegio de París, a cuyas oraciones solo me encomiendo y deseo y ruego. Te saludan los hermanos que están en Bolonia y ámame, como lo haces.

Bolonia, día 1 de setiembre de 1547. Tu hermano y siervo en el Señor.

Alfonso de Salmerón

<sup>3</sup> La 1ª edición, hecha en Roma, lleva el Imprimatur del Maestro del Sacro Palacio

<sup>4</sup> Un poco difícil parece que pudiera imprimirse sin su conocimiento.